

B. Martín Sánchez
Canónigo de la S.I. Catedral de Zamora

VIDA DE SAN JOSÉ

**El esposo virginal de María
y padre virginal de Jesús**

**A la luz de la Biblia y
de la tradición**

(3ª Edición)

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA

CON LICENCIA ECLESIASTICA

D.L.: Gr. 602-2001

ISBN: 84-7770-300-0

Impreso en Azahara, S.L.

Printed in Spain

PRESENTACION

Queridos lectores:

Con este pequeño libro, cuyas ideas van fundamentadas en la Biblia y en la Tradición, me he propuesto hacer un breve resumen de lo más esencial de la Vida de San José, el esposo virginal de la Virgen María y padre también virginal de Jesucristo, para ponerla al alcance de todos y así contribuir a dar a conocer lo mejor posible su gran figura.

A San José se le ha llamado «el Santo del silencio» porque en los Evangelios no vemos consignada palabra alguna salida de sus labios, y porque en ellos aparecen muy pocos datos referentes a su vida: mas aunque estos sean escasos, como iremos viendo, nos revelan la grandeza de su personalidad.

Las breves frases «varón justo», esposo de María» y «padre de Jesús» ensalzan ya de tal manera a San José que lo colocan sobre todos los santos.

San Francisco de Sales exclamó un día: «¡Oh qué santo tan grande es San José! Le fue dado poseer a Jesús y a María. Con estos dos tesoros pudo inspirar

envidia a los mismos ángeles y desafiar el cielo por tener a su disposición la mayor riqueza de la gloria».

«Siendo inferior a María todo lo que no es Dios, y superior sólo Dios, lo es también a José en razón de estado; por lo cual no hay santo que a José pueda ser superior» (Hernando de Santiago).

San José fue un santo excepcional al que llamaremos padre y virgen, o sea, padre virginal de Jesús y custodio de la virginidad de María.

Mi deseo, como ya he dicho, es dar a conocer lo más posible a San José y fomentar su devoción, y lograr de esta manera que todos le tengan como protector especial.

Benjamín Martín Sánchez

Zamora, 1 de octubre de 1986

VIDA DE SAN JOSE

Los padres de San José

En los Evangelios leemos que San José era «hijo de David». Así lo llamó el ángel al aparecerse en sueños (Mt. 1,20), y San Lucas, haciendo referencia a él, dice: «*Un nuevo varón, de nombre José, de la casa de David*» (Lc. 1,27).

San José, pues, procedía de la casa de David. Esta era la creencia general que de la casa y familia de David había de nacer el Mesías, y así vemos que cuando Jesús preguntó un día a los fariseos: «*¿De quién ha de ser hijo el Mesías?*», todos contestaron: *De David* (Mt. 22,42), y lo confirman las aclamaciones de las gentes: «*Hosanna el hijo de David* (Mt. 21,), y los gritos de los ciegos de Jericó: «*Hijo de David, ten compasión de nosotros*» (Mt. 20,30), etc...

Las genealogías que San Mateo (1,1-16) y San Lucas (2,23-38) nos presentan, así nos lo dan a entender; pero cada uno de estos evangelistas difieren en señalar el padre inmediato de San José.

Según San Mateo (cuya genealogía viene a ser la «partida de nacimiento» de Jesús y aparece en orden descendente), el padre de San José se llamaba Jacob, y según San Lucas (que nos presenta la genealogía en orden ascendente) era Heli. ¿Cómo explicar esta discrepancia?

La sentencia más común nos la explica por *la ley del levirato* (Dt. 25,5-10). Por esta ley., si uno moría sin hijos, su hermano debía casarse con la viuda, y el primogénito que de ella tuviera recibía el nombre y la herencia del difunto (padre legal), aunque en realidad fuese hijo de su hermano (padre natural).

Esta opinión fue expuesta primeramente por Sexto Julio Africano, siro palestinese, nacido sobre el año 170 de Cristo, y dice haberla recibido por tradición procedente de un pariente del Señor.

La sentencia, pues, hoy más común es que ambas genealogías se refieren a San José. La genealogía de San Mateo es *la natural*, y la de San Lucas es *la legal*, porque Heli y Jacob eran hermanos de madre, y murió Heli sin hijos.

Jacob hubo, por la ley del levirato, de casarse con la viuda, de la que nació San José, que naturalmente era hijo de Jacob y legalmente de Heli, y así por ser Heli y Jacob hermanos de madre, suben las genealogías por ramas distintas hasta juntarse definitivamente en David (Véase mi «*Nuevo Testamento explicado*»).

Como podemos apreciar solo sabemos que el padre de San José se llamaba Jacob, y no sabemos nada del

nombre de la madre, porque las mujeres no entran en las genealogías bíblicas.

Según la Biblia y la tradición tanto San José como la Virgen fueron de la casa y familia de David, sin que podamos precisar su parentesco (San Jerónimo no duda en atribuir cierto parentesco a la Virgen con San José).

La finalidad de San Mateo es establecer la descendencia de Jesús desde Abraham y David. Jesús había sido concebido y engendrado por María en tanto en cuanto era de la Casa de David, y esto nos basta para que Jesús pueda llamarse hijo de David.

Notemos además que según la genealogía, San José era padre *legal* de Jesús, y Jesús el *heredero legal* del trono de David y de las promesas mesianicas.

La patria de San José

Se ha discutido si nació en Belén o en Nazaret. Los Evangelios no particularizan. Los que son del parecer que nació en Belén, se apoyan en estas razones:

1.^a Que San José al terminar el destierro de la Sagrada Familia en Egipto, su propósito era volver a Belén, según el relato de Mateo: *«Y levantándose tomo al niño y a su madre y partió para la tierra de Israel. Mas, habiendo oido que en Judea reinaba Arquelao, en lugar de Herodes, su padre, temió ir allá, y, advertido en sueños, se retiró a la región de Galilea, yendo a habitar en una ciudad llamada Nazaret...»* (Mt. 2, 21-23).

2.^a El testimonio de San Justino, mártir del siglo



I, quien nos dice que José subió de Nazaret a Belén «donde era oriundo».

3.^a : El tenerse que empadronar en Belén pudiera ser otra nueva prueba porque podía él haber nacido allí.

Los que están a favor de que José nació en Nazaret dicen: 1) Que los relatos de los Evangelios favorecen esta opinión, pues allí vivía cuando tuvieron lugar los

esponsales (aunque esto solo también nos podría decir que allí vivía la Virgen cuando se conocieron), y que en Nazaret pasarían sin duda su infancia y juventud. 2). En Nazaret también vivía un hermano de San José, llamado Cleofás y sus hijos (los llamados «hermanos de Jesús»), y 3) porque no se explica que si era oriundo de Belén, no hallase ningún pariente o amigo que le abriesen las puertas cuando fueron a empadronarse y tuvieran que refugiarse en un establo.

No ha faltado otra opinión, la de los que dijeron que había nacido en Jerusalén; pero ésta ha sido desechada por no tener otro fundamento que una afirmación de los Evangelios apócritos.

Sus parientes

En los Evangelios hallamos expresiones como éstas: Jesús *«viniendo a su patria, les enseñaba en la sinagoga de manera que, atónitos, se decían: ¿De dónde le viene a éste tal sabiduría y tales poderes? ¿No es éste el hijo del carpintero? ¿Su madre no se llama María, y sus hermanos Santiago y José, Simón y Judas? Sus hermannas, ¿no están todas entre nosotros? ¿De dónde, pues, le viene todo esto?»* (Mt. 13,54-56).

Hemos de decir que la expresión «hermanos y hermannas» de Jesús, de que tanto se han valido los protestantes para negar la virginidad de María, no tiene otro significado que el de ser sólo primos o próximos parientes de Jesús pero no eran propiamente sus hermanos, ni hijos, por tanto, de San José.

Hegesipo, historiador de la Iglesia del siglo II, nos

dice que San José tenía un hermano llamado Cleofás. Este era, pues, tío de Jesús, el cual estaba casado con María, una de las mujeres que estaban presentes a la muerte de Jesús y junto a la cruz, y es la que San Juan llama «la de Cleofás» (19,25).

Los hijos de este matrimonio fueron Santiago el Menor y José (Mc. 15,40), y por lo que dice Hegesipo también lo eran Simón y Judas y varias hijas (Mt. 13,55-56).

En consecuencia: los llamados «hermanos de Jesús» no son hijos de San José ni de la Virgen María, sino de Cleofás y la otra María, pariente también de la Virgen (Véase mi libro: *LA VIRGEN MARIA EN LA BIBLIA Y LA TRADICION*, donde tengo aclarada esta cuestión de los «hermanos de Jesús»...)

Profesión de San José

Según la Sagrada Escritura, San José (ateniéndose al significado de la palabra griega *tékton*, en latín *faber*) fue carpintero, ebanista, escultor, herrero, obrero de construcción o artesano en general; más según reza la tradición apoyada a su vez en el Evangelio se le suele designar con el oficio de carpintero, y los Padres de la Iglesia son de este parecer.

San Justino, mártir del siglo II, escribió: «Jesús pasaba por ser hijo del carpintero José y era él mismo carpintero, pues mientras permaneció entre los hombres, fabricó piezas de carpintería como arados y yugos».

Los Evangelios apócrifos lo llamaron *faber lignarius*, o sea, obrero de la madera...; sin embargo, no han faltado algunos que como San Hilario y San Veda el Venerable dijera que había tenido el oficio de herrero, y San Isidoro dijo que era «obrero en hierro y en metal»; más santo Tomás de Aquino escribió: «José no fue herrero, sino carpintero», y a partir del siglo XIII la opinión general es que este fue su oficio.

No obstante lo dicho, si nos atenemos a las palabras de San Justino de que «fabricó piezas de carpintería como arados y yugos», como los arados suelen llevar su reja de hierro, bien pudiéramos decir que San José era el artesano del pueblo, que no sólo confeccionaba las piezas de madera que entraban en la construcción de las casas, sino también arados, ruedas de carros, etc., pudiendo sin duda trabajar a la vez la madera y el hierro, si bien con preferencia lo propio de la carpintería.

Lo que si se desprende de los Evangelios es que San José fue un humilde trabajador y en su rudimentario taller de carpintería pudo emplearse en todos los menesteres que este oficio lleva consigo.

Por eso decían los judíos, según refiere San Mateo (13,55): «¿No es éste el hijo del carpintero?». También Jesús ejerció este oficio en compañía de José, como testifican sus paisanos de Nazaret: «¿No es acaso el carpintero hijo de María...?» (Mc. 6,3).

San José vivía como un artesano pobre y honrado que ganaba lo necesario para sustentar a su esposa María y al niño Jesús. El Evangelio nos refleja su



estado de pobreza y honradez. *De pobreza*, porque, al hablarnos de la purificación de María y la presentación de Jesús en el templo, ofrecieron al sacerdote en lugar de un cordero primal, dos palominos que eran la ofrenda de las familias pobres y humildes. *De honradez*, porque él era como veremos, el «varón justo» que vivía conforme a la ley de Dios.

Su edad

Sobre la edad que tenía San José al contraer matrimonio con la Virgen María, no nos dicen nada los Evangelios. Unos sostienen que era joven hermoso y adornado de toda virtud, y otros lo presentan como si fuera ya viejo y hasta octogenario, y en esta opinión tal vez hayan influenciado los libros apócrifos que hablan exageradamente en este sentido; pero esto no puede sostenerse, porque no es conforme con los Evangelios que reflejan la personalidad de San José como el protector de la Sagrada Familia y padre nutricio de la misma, que exigía fortaleza en su misión, como era el acompañarles vg. en sus viajes penosos, de Belén a Egipto, de Egipto a Nazaret, de Nazaret a Jerusalén, etc., y el desempeño de oficio de carpintero. Su edad estaban sin duda alguna en relación con la de la Virgen María.

Una israelita solía casarse alrededor de los quince años, y un israelita alrededor de los dieciocho o veinte años, y esta (tal vez pocos años más) tuvo que ser la de San José, y es la que sostenemos, porque las costum-

bres de entonces como las de ahora tenían que reprobar una unión tan desigual como sería la de un anciano con una adolescente y sería algo injurioso a San José.

Los que sostienen que San José era de edad avanzada para afirmar mejor la virginidad perpetua de María, miran muy humanamente esta cuestión, pues tenemos que decir como enseña Santo Tomás que «cuando Dios elige a un hombre para determinado cargo, entonces derrama sobre él todas las gracias conducentes para adquirir idoneidad en aquel cargo», y éstas pudo concedérselas a San José en su plena juventud.

San Alfonso María de Ligorio nos dice que «al disponer Dios que José ejerciese el oficio de padre respecto de la persona del Verbo encarnado débese tener la certidumbre que le confirió todas las dotes de sabiduría y santidad que para tal cargo se requerían; ni cabe poner en duda que le enriqueció además con todos los privilegios y gracias a los demás santos concedidos.

En sentir de Gersón y de Suárez (y otros teólogos), tres fueron los privilegios especiales que caracterizaron a José:

1.º El ser santificado desde el vientre de su madre, como Jeremías y el Bautista.

2.º El de haber sido asimismo confirmado en gracia.

3.º El de estar exento de los apetitos de la concupiscencia; de cuyo privilegio suele San José, por los

méritos de su pureza, hacer participantes a sus devotos, librándolos de los movimientos de la carne».

José, «varón justo»

En esta breve frase «varón justo» con la que el Evangelio llama a San José, se encierra un gran panegírico, por cuanto en el lenguaje bíblico la palabra «justo» indica compendio de todas las virtudes.

Justicia, en la Biblia, no es sólo una virtud que consiste en dar a cada uno lo que es suyo, sino que equivale a *santidad*, y la santidad no es otra cosa que el conjunto de virtudes, y San José las practicó todas.

En el Antiguo Testamento, especialmente en los salmos, se hacen a cada paso elogios del hombre justo. Este pone sus delicias en la ley del Señor. Es el que cree y medita la palabra de Dios; es como un árbol fértil y vigoroso que crece al lado de la corriente (Sal. 1), el que obra el bien y se aparta del mal (Sal. 36), el que practica la rectitud y la sinceridad y odia la mentira, y es de corazón puro e irreprochable. La memoria del hombre justo será eternamente celebrada (Sal. 111). Se alegrará en el Señor y en El esperará» (Sal. 63, 11)...

San José fue verdaderamente «varón justo», o sea, santo.

San Alfonso María de Ligorio comenta: «El Evangelio atribuye a José el nombre de *Justo* (Mt. 1,19). ¿Qué nos viene a significar lo de hombre justo? Significa, dice San Pedro Crisólogo, un hombre perfecto, que posee todo género de virtudes. En efecto, José era

ya santo antes de los desposorios; acrecentóse, sin embargo, señaladamente su santidad después de verificados aquellos con la Virgen Santísima, cuyo ejemplo sólo hubiera sido suficiente para santificarle».

El nombre de José en hebreo significa «acrecentamiento», el que «va en aumento», de virtud en virtud, y no cabe duda que fue excelsa su santidad.

1) *Por la convivencia con la Virgen María.* No hay lugar a duda que el ambiente religioso en que uno vive, el trato con personas santas y ejemplares nos hace más santos. «Y siendo María, conforme dice San Bernardino de Sena, la dispensadora de las gracias que Dios concede a los hombres, ¿con cuanta profusión no es de creer enriqueciese de ellas a su esposo San José, a quien tanto amaba, y del que era respectivamente amada?».

Santo Tomás de Villanueva hablando de María dice que era de tal manera Virgen, que hacía vírgenes a cuantos la contemplaban. San Jerónimo es del parecer que San José permaneció siempre virgen, debido a la compañía de su virginal Esposa; y así apostrofando al hereje Elvidio, que negaba la virginidad de María, argumenta de esta manera: «Tu dices que María no permaneció siempre virgen; yo digo que San José conservó la virginidad por la Virgen María».

2) *Por la convivencia con Jesús.* Si el roce de la túnica de Jesús curaba a los enfermos, saliendo virtud de El... ¡cuánta no sería la virtud de San José y la santidad recibida de Jesús, al que llevaba en sus brazos!...



San Alfonso María de Liguorio lo dice así: «¿Cuánto no es también de creer aumentase la santidad de José el trato familiar que tuvo con Jesucristo en el tiempo que vivieron juntos? Si los dos discípulos que iban al castillo de Emaús se sintieron inflamados en el divino amor en los cortos momentos que estuvieron en com-

pañía del Salvador y escucharon sus palabras, por manera que se dijeron después uno a otro: «¿No ardían nuestros corazones dentro de nosotros mientras en el camino nos hablaba y nos declaraba las Escrituras?» (Lc. 24,32), ¿qué llamas de acendrada caridad no debemos suponer encendidas en el pecho de José por las conversaciones que durante treinta años consecutivos tuvo con Jesucristo, escuchando sus palabras de vida eterna, observando sus ejemplos de perfecta humildad, de paciencia y de obediencia, viéndole dispuesto para ayudarle en sus laboriosas fatigas y servicial en todos los domésticos quehaceres? ¿Qué incendio de amor divino no debían levantar estas antorchas de caridad en el corazón de José, purificado como estaba de todo afecto terreno?

No cabe duda que mientras José vivió en compañía de Jesús, creció de tal suerte en méritos y santificación que podemos decir que aventajó en ellos a los demás santos».

— *Méritos del santo.* «Esto supuesto, y diciéndonos el apóstol que Jesucristo remunera en la otra vida a cada cual, según sus méritos (Rom. 2,6), ¿qué cúmulo de gloria no debemos juzgar fuese otorgado a José, que tan tiernamente sirvió y amó a Jesús, mientras viviera sobre la tierra?

En el último día, el Salvador dirá a los elegidos (Mt. 25,35): *Tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; era peregrino, y me hospedasteis; estando desnudo, me cubristeis;* mas esos elegidos no alimentaron, ni hospedaron, ni vieron propia-

mente a Jesucristo, sino en la persona de los menesterosos. San José, sin embargo, procuró el sustento, la habitación y el vestido a la persona misma de Jesús...

Sirvan, por tanto, estas consideraciones para acrecentar nuestra confianza en José, persuadidos de que Dios, en obsequio de los elevados méritos de Santo, no se negará a concederle lo que pida a favor de sus devotos» (S. Alf.M^a).

Los esponsales o desposorios de San José

Es opinión común que la Virgen María había perdido por entonces a sus padres y que el Sumo Sacerdote en persona hubo de encargarse de colocar a la joven al cumplir los quince años, y le hablaría sin duda de José como joven modelo para ella.

La Virgen vivía entonces en Nazaret y allí debieron conocerse y celebrarían sus desposorios.

Hay una leyenda (que cito para saber su origen, inventada al parecer por los Apócrifos y puesta en forma parecida a la narración que nos hace el libro de los Números: 17,1-8 de la elección definitiva de Aarón), según el cual el Sumo Sacerdote habría convocado a todos los jóvenes de la casa de David que aspiraban a casarse con María, invitándolos a depositar su bastón o vara sobre el altar, y el dueño de aquel que floreciera sería el elegido del Señor. Naturalmente fue la vara de José la que floreció..., y hasta se dice en el Protoevangelio de Santiago, que salió una paloma

de la vara y voló sobre la cabeza de José, y le dijo el sacerdote: «Tu has sido elegido por la suerte para tener bajo tu protección a la Virgen del Señor».

Por lo que hace a los esponsales o desposorios en Israel, diré que venían a ser una firme promesa de matrimonio, que en la práctica tenían el mismo valor que un verdadero contrato matrimonial.

A partir de los esponsales, según la costumbre, José y María se separaron y fueron cada uno a su casa en espera de la ceremonia oficial complementaria.

la cohabitación, o sea, el vivir ambos bajo el mismo techo no solía tener lugar hasta pasado un año después de celebrados los desposorios.

Desde la fecha de estos, María, como desposada, era considerada ya como verdadera mujer de José, y mientras tanto viviría en casa de sus tutores.

El voto de virginidad de María y de José

Esta cuestión del voto de virginidad de ambos que iban a contraer matrimonio presenta sus dificultades a quienes se preguntan: ¿Cómo supieron uno del otro del voto emitido? ¿No era tal voto obstáculo para el matrimonio?

Los dos jóvenes María y José en su primer encuentro se amarían sin duda entrañablemente con un amor grande, muy puro y elevado, porque Ella era la mujer más bella y pura, sin mancha original, la que según tradición se había consagrado a Dios con el voto de virginidad ya desde que tuvo uso razón, y por que él, o



sea, José había sido santificado cual otro Jeremías y el Bautista, desde el vientre de su madre, según el sentir de grandes teólogos, y se hallaba libre de los apetitos de la carne...

En aquellas circunstancias la Virgen María sería la primera en manifestar a José su propósito de permanecer virgen, y por tanto que no consentiría en sus desposorios con él, sino después de una palabra firme de que respetaría su virginidad, y entonces José aceptaría casarse con ella con dicha condición e incluso le prometería ser custodio de su virginidad.

Ambos eran seres privilegiados, que aparecen con una gran castidad y limpieza virginal en sus relaciones después en su matrimonio, como se desprende de los Evangelios.

Aquella atmósfera de pureza y de amor en que se movían nos revelan que ningún matrimonio en este mundo podía ser tan feliz como el suyo.

Aquella unión virginal era obra de Dios, ordenada y ya preparada por El en orden a la venida a este mundo del Mesías.

Bossuet dice: «Brillan aquí la dignidad de María y de José. La de María porque su virginidad feliz fue escogida para dar a Cristo al mundo; la de José por habersele confiado el cuidado de esa virginidad».

Los Santos Padres y teólogos hablan de la conveniencia de este matrimonio ya 1) *respecto de la encarnación*, pues su fin se colige del ministerio de San José, a quien Dios eligió para que fuese como velo de tan alto misterio que se debía manifestar a los hom-

bres paulatinamente, 2) *ya respecto de Cristo*, para que no fuera tenido por ilegítimo por los impíos, para escribir su genealogía, dentro del uso corriente, por medio del varón... 3) *ya respecto de la Virgen* para librarla de toda infamia, para que no fuera apedreada por adúltera y para que tuviese el auxilio de José, y 4) ya finalmente *respecto de nosotros*, para que el nacimiento virginal de Jesús fuera confirmado por José... .

José, esposo virginal de María

El evangelista San Mateo dice: «*Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, el llamado Cristo*» (1,16). ¡José esposo de María! Es un título único y la mayor de las dignidades después de la de la Madre de Dios... ¡José esposo de María! Esto nos declara que San José tuvo todos los derechos de verdadero esposo sobre la bienaventurada Virgen, y que por consiguiente es llamado de derecho y con verdad padre de Jesucristo. Por lo mismo Jesucristo es hijo de José por derecho de matrimonio.

Como podemos observar el ministerio de José fue muy noble y elevado alimentó a Jesucristo...; lo calentó en su regazo...; le guardo...; le transportó de un lugar a otro..., y le dirigió en su trabajo...

Suárez opina que San José es superior a San Juan Bautista y a los apóstoles en gracia y en gloria, porque su cargo era muy superior al de aquellos. Y Cornelio Alapide siguiendo a Gersón y Suárez dice: Los sepulcros se abrieron a la muerte de Jesucristo (Mt. 27,52-53), y varios cuerpos de los santos se levantaron,

y saliendo de sus tumbas, fueron a la ciudad santa... San José iba el primero...

María y José, verdaderos esposos. Muchos preguntan si fue verdadero el matrimonio de María y de José por estar ligados con el voto de virginidad; mas a esto diremos que el voto de virginidad no se opone a la realidad y verdad de su unión matrimonial, y la razón es ésta: porque lo que constituye la esencia del matrimonio, no es la unión de los cuerpos, sino la unión de los espíritus, o con otras palabras: la unión carnal o uso de los actos del matrimonio no constituyen la esencia del mismo.

Y esta es la opinión común de los teólogos que dicen: «Este uso o estos actos matrimoniales son una *operación* a la cual concede derecho al matrimonio, o sea, que le suponen ya constituido en su esencia. Antes de estos actos y sin ellos existe verdadero matrimonio, aunque no esté consumado...

Ya lo dijo claramente San Ambrosio: «No es el desfloramiento de la virginidad lo que constituye el matrimonio, sino el pacto conyugal. Se realiza el matrimonio cuando la joven se entrega, no cuando interviene la acción del varón».

También San Juan Crisóstomo dice con expresión enérgica: «El matrimonio no lo constituye la unión carnal, sino la voluntad».

Bossuet, usando palabras de San Agustín, dice: «En el matrimonio existen tres lazos: el contrato, por el cual los cónyuges se entregan mutuamente y por completo; el amor conyugal, por el que se dan el corazón



sin compartirlo con otros amores, y, finalmente, los hijos.

Estas tres cosas existen, según él, en el matrimonio de San José, y las tres concurren a guardar la virgini-

dad. Existe un contrato por el que se entregan el uno al otro y donde triunfa la pureza en la verdad del matrimonio. «Porque María pertenece a José y José a María, afirmo que su matrimonio es muy verdadero, ya que se han entregado el uno al otro. Pero ¿de qué forma se entregaron? ¡Pureza, he ahí tu triunfo! Se entregan recíprocamente su virginidad y se ceden un derecho mutuo sobre la misma. ¿Qué derecho? El de guardar el uno la del otro. Sí; María tiene el derecho de preservar la virginidad de José, y José el de salvaguardar la de María, y la fidelidad de ese matrimonio consiste en custodiar la virginidad. Esa son dos promesas que les unen, ese el tratado que les ata...

Hemos visto cómo se verifican las dos primeras condiciones del matrimonio: el contrato para conservarse puros y el amor intenso que nace de esa pureza. Réstanos ver el fruto de aquel matrimonio: Jesús. ¿Os extraña que le llame fruto del matrimonio? ¿No es muy digno de la virginidad de María, la que le trajo del cielo a la tierra? ¿No fue su pureza la que agrado al Padre y la causa de que el Espíritu Santo la cobijara con su sombra? Sí, y por eso mismo no temo afirmar que José tuvo gran parte en este milagro, porque si la pureza angélica es el bien de María, es también el depósito del justo José.

Pero puedo decir más; puedo decir que Jesús le pertenece precisamente por su matrimonio y por los castos cuidados con que conservó a María».

Si María y José se unieron bajo un mismo techo por vocación de Dios, esa unión no tuvo otro fin que

preparar el hogar a Jesús, al Salvador del mundo, cumpliéndose así el fin principal de todo matrimonio.

En consecuencia: María y José son verdaderos esposos, porque así lo testimonia el evangelista al llamar a José el esposo justo de María (Mt. 1,19), y lo confirmó un ángel al disipar las dudas del atormentado esposo: «*No temas recibir en tu casa a María, tu mujer*». (Mt. 1,20), y también lo publicó la misma Virgen al hablar a Jesús entre los doctores: «*Tu padre y yo, apenados, andábamos buscándote...*» (Lc. 2,48)... Ninguna razón tenía para llamar a José padre de Jesús, sino ser su legítimo esposo...

Paternalidad de San José respecto de Jesús

La Sagrada Escritura afirma expresamente la paternidad de San José, pues en varias ocasiones llama a San José padre de Jesús como a María Madre, Así en el Evangelio de San Lucas leemos referente a la presentación de Jesús en el templo; «*Y al entrar los padres con el niño Jesús...* (2,27). Siguiendo a la profecía de Simeón, añade: «*Su padre y su madre estaban maravillados de las cosas que se decían de El* (2,33). Más adelante dice: «*Sus padres iban cada año a Jerusalén a la fiesta de la Pascua. Y cuando era ya de doce años, al subir sus padres, etc.* (2, 41-43). Además hallamos el testimonio de la Virgen, antes citado, cuando dijo al niño: «*Mira que tu padre y yo, apenados, te buscábamos*» (2,48)...

Jesús es considerado hijo de José: «*Jesús, al empe-*

zar, tenía unos treinta años, y era, según se creía, hijo de José» (Lc. 3,23).

De hecho San José ejerció el oficio de padre dentro de la Sagrada Familia, pues es el que impuso el nombre de su hijo: «Daré a luz un hijo a quien pondrás por nombre Jesús, porque salvará a su pueblo de sus pecados» (Mt. 1,21), e hizo lo que le mandó el ángel del Señor: Mt. 2, 13-14.19-21). En todo momento Jesús obedece a San José como a Padre: «Bajó con ellos y vino Nazaret y les estaba sujeto» (Lc. 2,51).

Y ¿cómo fue la paternidad de San José? «La paternidad de San José dice referencia al misterio de la Encarnación del Hijo de Dios, cuya grandeza exige gran exactitud en la exposición de su contenido dogmático y en la pureza de nuestra fe.

La fórmula sencilla de este sublime dogma es que Cristo fue concebido en el seno de la Virgen María por Virtud del Espíritu Santo. Sólo María y el Espíritu Santo o María y la Santísima Trinidad, cuya acción se apropia el Espíritu Santo, intervienen en la realización de este misterio...

Aunque la Sagrada Escritura llame después a San José padre de Jesús en general, es evidente que no lo entiende en la aceptación corriente y común, pues en el relato de la concepción de Cristo no se menciona la intervención del Santo para nada. Es sólo la Virgen y el Espíritu Santo, supliendo las veces de varón con su virtud divina y sobrenatural, quienes realizan el misterio. Por eso la paternidad física y natural de San José queda totalmente excluida...



«Tratándose de la paternidad de San José, los autores con mucha frecuencia, le llaman simplemente verdadero padre de Jesús, al estilo del Evangelio, cuando la Virgen dice *tu padre* y yo. Claro que cuando quieren precisar, siempre añaden algún calificativo, como putativo, adoptivo, etc., lo cual indica que en su mente

el verdadero siempre tiene un sentido restringido («Véase» Teología de San José»: BAC. P. Llamera).

Denominación o calificativos de la paternidad de San José

Todos estos calificativos no expresan más que aspectos parciales e incompletos de la paternidad de San José:

1.º *Padre »legal»*. Así se le suele denominar en cuanto que de esta manera aparecía delante de la ley, o sea, social y públicamente, y así vemos cómo la misma genealogía de Jesús la hacen los evangelistas al tratar de San José.

2.º *Padre »putativo»*. Este apelativo se funda en el testimonio del Evangelio cuando dice: «*Jesús, al empezar (su vida pública) tenía unos treinta años, y era, según se creía, hijo de José*» (Lc. 3,23), y así lo llaman comunmente los Santos Padres, con el fin de alejar de María todo trato carnal con José. Este concepto lo ha expresado con gran claridad Estío: «José fue padre por una razón y tenido como padre por otra: *verdadero* por razón del matrimonio; *putativo*, atendiendo a la generación corporal».

3.º *Padre »nutricio»*, en cuanto ejerció el oficio de verdadero padre, alimentándole con el trabajo de sus manos, nutriendo su cuerpo y defendiéndole viniendo a ser en la persecución de Heròdes «el salvador del Salvador del mundo».

4.º *Padre »adoptivo»*, por ser fruto del matrimonio entre José y María, matrimonio ordenado esen-

cialmente a *recibir y educar* la prole, y es lo que dijo Santo Tomás: «La prole no sólo se dice bien del matrimonio en cuanto que es engendrada por el matrimonio, sino también en cuanto que en el matrimonio es recibida y educada...»

Aunque la adopción es recibir en calidad de hijo a una persona extraña, aquí hemos de decir que Jesús no era una persona extraña a José, sino que le pertenecía a él, porque el matrimonio de José y de María fue un verdadero matrimonio, aunque fuera virginal.

«Ese matrimonio confería a los esposos los derechos de todo matrimonio; y uno de los derechos es el que recuerda San Pablo: *la mujer no tiene potestad sobre su cuerpo, sino su esposo.*»

Esto supuesto, podemos arguir: María, en virtud del matrimonio, era de José; luego el hijo de María, en cierto grado, le pertenecía también a José.

El dueño de un árbol es dueño del fruto que brota de él.

El dueño de un campo es dueño de la fuente que brota en él.

San Francisco de Sales, con la precisión y delicadeza tan suyas, explica este hecho con una bellísima comparación.

Imaginaos un huerto cercado. Nadie entra en él. Pero una paloma que lleva un dátil en el pico deja caer el dátil en el huerto.

De ese dátil brota una palmera. ¿Quién será el dueño de la palmera? Sin duda, que el dueño del jardín.

La Santísima Virgen es el huerto cercado y sellado con el sello de la virginidad; y en ese huerto cerrado el Espíritu Santo dejó caer el dátil divino, de donde brotó la palmera celestial, que llevaría frutos de inmortalidad, Jesucristo.

El huerto pertenecía a José; luego la palmera también. María pertenecía a José por las leyes del matrimonio, luego Jesús, en cierto modo, pertenece también a José» (LUZ. P. Rey S.I.).

5.º Padre «*virginal*». Este es un título que conviene a San José, calificativo verdadero y elevado, porque por su contrato matrimonial fue virginal, y tanto la virginidad de José como la de María estuvieron ordenadas al misterio de la Encarnación.

San José fue padre y fue virgen, y precisamente padre por ser virgen, pues al fijarse Dios en José para que hiciera con Jesús los oficios de padre, sólo lo elige cuando está cierto que ha de ser también el custodio fiel de la virginidad de María.

«Paternidad y virginidad... San José con el Niño Jesús en los brazos y en la mano la azucena de la virginidad, es una expresión exacta de su paternidad virginal».

Sin duda que este título de «padre virginal» es el más exacto y apropiado a San José.

Textos bíblicos aclaratorios

Estos textos nos confirman y ponen de manifiesto cuanto llevamos dicho de San José y de la Virgen



María: que eran esposos y ambos vírgenes.

1.º texto: Mt. 1,16: Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, el llamado Cristo.

Notemos que el Evangelio no dice: José engendró a Jesús, como dijo de los antepasados del Mesías: Abraham engendró a Isaac; Isaac engendró a Jacob, etc. El Evangelio no dice tampoco: María engendró a Jesús, aunque esto es verdad; sino que dice textualmente: *María de la que ha nacido Jesús.*

Este lenguaje nos indica: 1.º Que Jesús nació de María, no por virtud natural, sino por virtud sobrenatural, por el poder y la obra de Espíritu Santo (como luego aparece con toda claridad en el siguiente texto). 2.º Que Jesús no ha sido engendrado por José, sino que nació solamente de su Madre, y por consiguiente de una Virgen (o sea de María que permaneciendo virgen, llegó a ser Madre). 3.º Que la Encarnación se ha verificado por medio del Espíritu Santo, que es la

causa principal. María fue la causa secundaria, activamente por el consentimiento que dio al ángel, pasivamente dando su sangre para ser materia del cuerpo de Jesucristo.

2.º texto: Lc. 1, 26-38: 26/ En el sexto mes fue enviado por Dios el ángel Gabriel a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, 27/ *a una virgen desposada con un varón, de nombre José, de la casa de David; la virgen se llamaba María.* 28/ Entrando el ángel donde ella estaba, dijo: ¡Salve, llena de gracia, el Señor es contigo!

29/ Ella se turbó por estas palabras, y pensando qué podría significar este saludo. 30/ El ángel le dijo: No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios, 31/ y vas a concebir en tu seno y darás a luz un hijo al que pondrás por nombre Jesús. 32/ Este será grande y será llamado Hijo del Altísimo; El Señor Dios le dará el trono de David, su padre, 33/ y reinará en la casa de Jacob para siempre, y su reinado no tendrá fin.

34/ Entonces dijo María al ángel: *¿Cómo será esto, pues no conozco varón?* 35/ El ángel le respondió y dijo: *El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual, lo que nacerá de ti santo, se llamará Hijo de Dios.* 36/ Y has de saber que Isabel, tu pariente, también ha concebido un hijo en su vejez, ya está en el sexto mes a la que llamaban estéril, 37/ porque para Dios nada hay imposible.

38/ Dijo entonces María: *¡He aquí la esclava del Señor, hágase en mi según tu palabra!* Y el ángel se retiró de ella.

Este texto encierra el mensaje traído por el ángel Gabriel de parte de Dios a la Virgen cuando estaba orando en la soledad de su casa, y de él deducimos: 1.º Que la Virgen estaba desposada con José (y sin duda habrían recibido la ceremonia complementaria de la promesa firme de matrimonio hecha en los desposorios, y por tanto estaban realmente casados), y 2.º que María tenía hecho voto de virginidad perpétua, y de él era sabedor su esposo José.

Esto es lo que nos revela la frase: «¿Cómo puede ser esto, pues no conozco varón?». Esta pregunta no tendría razón de ser en María si no tuviera hecho tal voto, y ambos esposos María y José no hubieran también hecho ya el propósito de vivir en perfecta continencia (Véase mi *«Nuevo Testamento explicado»*).

La Virgen María es aquella mujer dichosa de quien había hablado ochocientos años antes el profeta Isaías lleno de inspiración y sorpresa: *«He aquí que una Virgen concebirá y dará a luz un hijo, que tendrá por nombre Emmanuel (7, 14). Será grande y le llamarán Hijo del Altísimo...»* (Lc. 1, 32).

María es la primera que ofreció a Dios el don incomparable de su virginidad. Y no consintió a ser madre sino después de haberle prometido el ángel, de parte de Dios, que concebiría por obra del Espíritu Santo. Sólo entonces dijo: *«He aquí la esclava del Señor, hágase según tu palabra»* (Lc. 1, 38)...

María, dice San Agustín era esposa de un hombre justo, que se había unido a ella, no para arrebatarse su virginidad, sino más bien para custodiarla. San José conocía el voto que María había hecho antes de casarse, y consintió en que lo observara. María no se casó sino con la condición formal de que había de permanecer virgen y guardar su voto.

San José vivió y murió virgen. Por esto le representan con un lirio en la mano, flor que es el emblema de la virginidad.

Hechos relacionados con San José

1. La Visitación de la Virgen a su prima Isabel. Hay en Palestina, el Israel de hoy, un pueblo situado en las montañas de Judea, y que viene a ser en la actualidad un barrio de Jerusalén, llamado Ain-Karim. En este pueblo, según dice la tradición, se obró el misterio de la Visitación de la Santísima Virgen a su prima Isabel.

La Virgen, en cuyas entrañas acababa de encarnarse el Hijo de Dios, se hallaba en Nazaret, y de Ella nos dice el Evangelio: «*Por aquellos días María se puso en camino y marchó con prisa a la montaña, a una ciudad de Judá. Y entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel*» (Lc. 1, 39-40). Esta se hallaba en el sexto mes de su preñez; iba a ser madre de Juan Bautista, el Precursor del Señor. María, inspirada de Dios, fue a visitarla, saludarla y servirla en los queha-



ceres de su casa hasta que diese a luz, y con este motivo llenarla de bendiciones.

Ahora nos preguntamos: ¿Acompañó San José a la Virgen en este viaje? La Biblia, fijándose en la finalidad del mismo, no nos habla más que de la Virgen, pero es de suponer que San José la acompañó por ser ella tan joven y los caminos tan accidentados, quedando Ain-Karim a la distancia de unos ciento treinta kilómetros, y porque ya habían sin duda, contraído verdadero matrimonio, o ceremonia definitiva que seguía a los esponsales.

Lo que tal vez tengamos que decir es que mientras José se entretuvo con Zacarías, él no presenció el encuentro íntimo de las dos primas pues de haber estado junto a ellas, hubiera oído el cántico del *Magnificat* de María y se hubiera enterado del misterio de su maternidad (el que sólo conoció más tarde por la revelación del ángel).

Entonces Santa Isabel, llena del Espíritu Santo,

después de oír la salutación de María, «*prorrumpio en alta voz diciendo: ¡Bendita tu entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre! ¿De dónde a mi que la Madre de mi Señor venga a visitarme? Pues apenas llegó la voz de tu saludo a mis oídos brincó de gozo el hijo en mi seno. ¡Dichosa la que creyó que tendría cumplimiento lo que se le dijo de parte del Señor—*. Dijo entonces María:

Mi alma alaba al Señor y salta de gozo mi espíritu en Dios, mi Salvador; porque puso los ojos en la pequeñez de su sierva. Por eso desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones» (Lc. 1, 42-48).

Regreso a Nazaret y duda de José

El Evangelio resume en la siguiente frase lo sucedido después de la visita de la Virgen a su prima: «*María permaneció unos tres meses con su prima Isabel y luego regresó a su casa*» (sin duda acompañada de José) (1, 56).

Sucedió después que al llegar a Nazaret José se dio cuenta de que María daba señales de maternidad. Entonces él pudo, tal vez, saber o no este misterio que parte de María; pero por no tener confirmación del cielo, y no saber cómo explicárselo, le pasó por su mente que por no ser él el dueño del fruto del vientre de su esposa, lo mejor sería «repudiarla en secreto» o mejor dicho «abandonarla en secreto», dejando todo en manos de Dios, o como dice San Jerónimo: «José,

sabedor de la virtud de María, rodeó de silencio el misterio que ignoraba»; pero mientras él daba vueltas a este pensamiento, el ángel se lo revela diciéndole:

«No temas recibir contigo a María, tu mujer; puesto que lo concebido en ella es del Espíritu Santo» (Mt. 1, 20). Este mensaje lo recibió en sueños o sea, durante una visión nocturna, y fue sin duda inmensa su alegría al saber que la concepción de su esposa tenía por autor al Espíritu Santo.

Empadronamiento en Belén

Después de pasar unos meses juntos María y José en Nazaret, tuvo lugar el anuncio de un empadronamiento por el emperador Augusto en virtud del cual sus súbditos deberían inscribirse no en el lugar de su domicilio o nacimiento, sino en aquél del cual su familia era oriunda. Veamos la narración de San Lucas:

«Por aquellos días salió un decreto de César Augusto para que se empadronase todo el mundo. Este primer censo se hizo cuando Quirino era gobernador de Siria. Todos iban a inscribirse cada cual a su ciudad. Subió también José desde Galilea, de la ciudad de Nazaret, hacia Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén, por ser él de la casa y de la familia de David, para inscribirse en el censo juntamente con María, su esposa, que se hallaba encinta» (Lc. 2, 1-5).

En virtud de este decreto José y María fueron a empadronarse a la ciudad de David, llamada Belén, por ser José de la casa y familia de David.,

Nacimiento de Jesús. «Estando allí, se le cumplió el tiempo de su alumbramiento, y dio a luz a su hijo primogénito, y le envolvió en pañales y le acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en la posada» (Lc. 2, 6-7).

Todo este relato nos pone de manifiesto que José y María eran pobres y amaban la pobreza. Por no hallar hospedaje tuvieron que refugiarse en una cueva o establo y en él nació el Salvador del mundo, el que fue reclinado sobre un pesebre que allí había, y ellos se acostarían sobre una estera que llevaban consigo. La providencia de Dios se valió del decreto del emperador Augusto para dar cumplimiento a la profecía de Miqueas, que anunció siete siglos antes que el Mesías nacería en Belén.

Jesús podía haber nacido en uno de los palacios más bellos, por ser el dueño de todas las riquezas del mundo; pero quiso enseñarnos con el ejemplo y la palabra el gran valor de la pobreza y demás virtudes, porque estamos de paso en este mundo y el cielo lo hemos de comprar con el desprendimiento de las cosas terrenales.

—**Adoración de los pastores y de los ángeles.** Los habitantes del cielo y de la tierra son avisados para que adoren a aquel Niño, que es el Rey de la creación, y «por nosotros y por nuestra salvación descendió de los cielos». Primeramente a unos pastores que acampaban de noche al raso velando sobre su rebaño, se les apareció un ángel, y quedando sobrecogidos de temor, les dijo: «*¡No temáis! porque os anuncio una gran*



alegría, que será para todo el pueblo: Hoy os ha nacido en la ciudad de David un Salvador, que es Cristo, el Señor. Y esta es la señal: Hallaréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre» (Lc. 2, 8-12)... Luego «fueron presurosos y encontraron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre» (2, 16).

Los pastores oyeron palabras de José y de María, y ¿qué palabras fueron las de José? El Evangelio no nos consigna una palabra. José es el hombre del silencio, él aparece *obrando* en los principales acontecimientos del nacimiento, infancia y vida oculta de Jesús... El como jefe de la familia y a su vez responsable es el que recibe órdenes del cielo por medio de un ángel que le habla y le dice lo que debe hacer... San José nos da lecciones sobre el valor del silencio. «El silencio es el sello del hombre sabio y prudente» (San Bernardo). «En el silencio y el recogimiento el hombre hace progresos» (Kempis)...

A continuación multitud de ángeles descienden del

cielo sobre el Divino Niño y entonan alabanzas diciendo: «*Gloria a Dios en el cielo y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad*». Y ¿por qué tantas alabanzas? Porque El es el Enviado de Dios, el Mesías, el Salvador del mundo.

Otros hechos relacionados con San José

En los siguientes hechos vemos que la Virgen iba acompañada con San José. Haremos una breve recopilación de todos ellos:

1. **La Circuncisión e imposición del nombre de Jesús.** En el Evangelio leemos: «*Luego que se cumplieron los ocho días, fue el Niño circuncidado, y le impusieron por nombre JESUS, el mismo que le fue dado por el ángel antes de que fuera concebido*» (Lc. 2, 21).

La circuncisión era un rito sagrado, por el que habían de pasar todos los varones descendientes de Abraham, y Jesús sometió a esa Ley, por ser entonces signo de alianza con Dios... Esta era penitencia sangrienta que consistía en una operación en la que se cortaba el prepucio o piel que cubre el extremo del miembro viril.

Según la revelación del ángel y luego comunicada a María (Lc. 1, 30-31) y finalmente a San José (Mt. 1, 21) el nombre que se impondría al Niño sería el de JESUS. Esto fue lo que dijo el ángel a San José. «*Le pondrás por nombre JESUS: porque El salvará a su pueblo de sus pecados*». Este nombre indica la misión

que venía a desempeñar en este mundo: salvar a los pecadores.

A San José le cupo el honor de imponerle este nombre, del que dice San Pablo que *«está sobre todo nombre, y al pronunciarlo toda rodilla debe doblarse en el cielo, en la tierra y en los abismos...»* (Fil. 2, 9).

2. Presentación de Jesús y purificación de María. *«Cuando se cumplieron los días de su purificación, según la ley de Moisés, lo llevaron a Jerusalén para presentarle al Señor...»* (Lc. 2, 22).

La Virgen purísima no tenía porque «purificarse», sin embargo se sometió como Jesús a la ley judía que prescribía la purificación de la madre en el plazo de 40 días. La ofrenda es la de los pobres (Ex. 13, 2; Lev. 12).

Como los deberes de un padre era, conforme a la ley, «circuncidar a su hijo, rescatarle, instruirle en la Torá: (la Ley) o estudio de la Sagrada Escritura, etc.», José ejerció sus derechos de padre presentando a su hijo Jesús en el templo; pero como el rescate supone la liberación de una esclavitud, vg. Cuando se rescata a un esclavo o a un preso para que quede libre de sus cadenas mediante cierto precio, es natural que Jesús no podía ser rescatado por cuanto El venía al mundo a pagar un rescate y redimirnos de nuestros pecados. El era el Redentor del mundo, el «Hijo del Altísimo», «el Hijo de Dios», como ya el ángel se lo había revelado a María (Lc. 1, 35), y José, sabedor de ello, al presentar a Jesús y elevarlo hacia el cielo, le ofrecía ya como una Hostia Santa e Inmaculada, la que más



tarde sería ofrecida en el Calvario, y Jesús sería esta misma Hostia Santa que se ofrecería como sacrificio redendor.

3. Profecía de Simeón. Un anciano, llamado Simeón, hombre justo y temeroso de Dios, sólo suspiraba por ver al Mesías antes de morir, y Dios le concedió esta gracia, pues al entrar José y María en el templo con el Niño, Dios le inspiró que aquel Niño era el Mesías, y tomándolo de los brazos de María en los suyos, alabó a Dios diciendo: *«Ahora ya puedes, dejar partir de este mundo a tu siervo en paz, porque mis ojos han visto al Salvador»* (Lc. 2, 25-32).

El padre y la madre de Jesús, allí presentes, estaban maravillados de las cosas que se decían de El.

Entonces Simeón dijo a María su Madre: *«Puesto ha sido éste para caída y para resurrección de muchos en Israel y para ser una señal de contradicción, y una espada atravesará tu alma para que sean descubiertos los pensamientos de muchos corazones»*. Jesús, según esta profecía, sufriría contradicción. Este es el gran misterio de todo el Evangelio, pues vemos que Jesús es admitido por muchos y rechazado por otros; unos le blasfeman, otros le adoran; para unos es causa de caída y para otros causa de salvación...

A la Virgen le tocaría sufrir mucho, porque tomaría parte en la pasión de su Hijo, y luego la vemos en el Calvario junto a El crucificado... De San José no nos dice nada aquí la profecía, pero también le tocó sufrir como veremos al recordar sus dolores y gozos...

Adoración de los magos

Cuando éstos fueron a Belén, según se desprende del texto sagrado, José y María, ya habían dejado el establo y llevaban viviendo en una casa varios meses, y allí tuvo lugar la adoración de los magos venidos de Oriente y guiados por una estrella milagrosa.

La tradición le ha dado a los magos el nombre de reyes, y por el número de dones, se ha dicho sin duda que eran tres a los que se les ha dado los nombres de Melchor, Gaspar y Baltasar, quienes le ofrecieron al Niño oro, incienso y mirra.

El Evangelio no cita a San José, pero es de suponer que estaba allí en la casa juntamente con María.

La fiesta de los magos es llamada «Epifanía», palabra griega que significa «manifestación» del Niño-Dios al mundo pagano.

Huida a Egipto y matanza de los inocentes

La providencia de Dios interviene. Los magos son avisados sobrenaturalmente para que regresen a su patria por otro camino y no vuelvan a estar con Herodes, porque éste intenta dar muerte al Niño Jesús.

Dios podía haber desbaratado el proyecto de Herodes, porque El es omnipotente, el creador de cielos y tierra, pero quiso en todo asemejarse a nuestra condición humana, y así mediante tales humillaciones y como niño que necesita auxilios de otros, ir reali-

zando nuestra redención. José, pues, fue con la Virgen y el Niño camino de Egipto, viniendo a ser en esta ocasión el salvador del Salvador del mundo, y en Egipto estuvieron hasta la muerte de Herodes.

Entonces éste, viendo que había sido burlado por los magos, se encolerizó sobremanera, y mando matar a todos lo niños que había en Beléln y en sus términos, de dos años para abajo según el tiempo que había averiguado de los magos (Mt. 2, 16).

Estancia en Egipto y regreso a Nazaret

Según la tradición se estableció la Sagrada Familia en Matarieh, barrio de Heliópolis, a pocos kilómetros del Cairo, y allí estuvieron un año o a lo sumo dos hasta que un ángel le comunicó a José que había muerto Herodes. he aquí las palabras del ángel: *«Levántate, toma contigo al niño y a su madre, y vete a tierra de Israel, porque han muerto los que querían quitar la vida al Niño».*

«Se levantó, tomó consigo al niño y a su Madre, y partió para la tierra de Israel. Más oyendo que Arquelao reinaba en Judea, en lugar de su padre Herodes, temió llegarse allá; pero avisado en sueños, se retiró a la parte de Galilea, y habitó en una ciudad llamada Nazaret...» (Lc. 2, 19-23).

Como vemos San José se atuvo a la orden recibida del ángel, tanto al partir para Egipto como al regresar a Nazaret. El vivía feliz con su amada esposa la Virgen María y con su hijo Jesús, porque tenía plena con-

ciencia de que en todos los momentos estaba cumpliendo la voluntad de Dios.

Vida en Nazaret. Jesús a los 12 años

Nazaret en tiempos de Jesús era una aldea o villorrio muy insignificante, muy pequeño y apenas conocido, y hasta despreciable, según la frase de Natanael: «¿De Nazaret puede salir algo bueno?» (Jn. 1, 46).

Nazaret tenía una sinagoga (Lc. 4, 16), y este villorrio, escenario de la infancia y vida oculta de Jesús, y donde pasaron con El San José y la Virgen, guarda hoy sus recuerdos con la «Fuente de la Virgen» y lo que fuera «Taller de San José», convertido actualmente en Iglesia, en cuyo pavimento puede leerse la inscripción: «*Aquí estuvo sujeto a ellos*», es decir. El Niño-Dios fue obediente a sus padres José y María.

En aquel tiempo tal vez no tendría apenas 300 habitantes. En 1933, que tuve yo la dicha de estar allí por primera vez, tenía unos 6.000, y en la actualidad con motivo de la inmigración judía pasa de 35.000.

En la parte del Nazaret antiguo se destaca una hermosa basílica que cobija el lugar donde el ángel San Gabriel se apareció a la Virgen María y donde se realizó el gran misterio de la Encarnación del Hijo de Dios.

En Nazaret, pues, se estableció la Sagrada Familia al regresar de Egipto, y San José abriría su taller de carpintería, y con sus cuidados y los de María «*el niño iba creciendo y fortaleciéndose lleno de sabidu-*

ría» (Lc. 2, 40). Hemos de advertir que Jesús era Dios y hombre a la vez, y como Dios que era no crecía en sabiduría porque lo sabía todo, y ese crecer es como decir que cada día daba más muestras ante las gentes de la sabiduría que poseía, y como hombre, aparte del conocimiento infuso, iría adquiriendo la ciencia experimental en el trabajo con San José, el aprendizaje relativo a hacer con perfección las obras propias del taller donde trabaja con su padre.

Años más tarde sus paisanos de Nazaret, se dieron cuenta de la gran ciencia de Jesús y se decían admirados: «¿No es éste el hijo de José?» (Lc. 4, 16 ss). «¿No es éste el carpintero, el hijo de María?» (Mc. 6, 3). Jesús, sin duda, por llamarlo aquí «el carpintero», seguiría en este oficio después de haber muerto su padre San José.

Jesús a los doce años. El Evangelio nos narra este episodio de la vida oculta de Jesús así: *«Iban sus padres (María y José) todos los años a Jerusalén para la fiesta de la Pascua. Cuando tuvo doce años, subieron según la costumbre de la fiesta. Una vez terminados los días, al regresar ellos, se quedó el niño Jesús en Jerusalén sin que lo notaran sus padres.*

Creendo que iría entre la caravana, anduvieron camino de un día, y al buscarle luego entre los parientes y conocidos, y no encontrarle, volvieron a Jerusalén en busca de El.

Después de tres días le hallaron en el templo, sentado en medio de los doctores, oyéndoles y pregun-

tándoles. Cuantos le oían, se maravillaban de su inteligencia y de sus respuestas» (Lc. 2, 41-46).

Conviene advertir que los hombres y las mujeres solían formar comitivas de viaje por separado. Así María pudo creer que el Niño estaba en el grupo de los hombres. Después de un día de camino, reconocieron que no estaba ni en una ni en otra caravana, y regresaron otro día de camino a Jerusalén, y al día siguiente, tercer día, lo hallaron entre los doctores en medio de ellos, más como Maestro que como discípulo.

Al verle quedaron atónitos, y su Madre lanzó una queja amorosa: «¿Por qué has hecho así con nosotros? Mira, tu padre y yo llenos de pena, andábamos buscándote. Mas Jesús haciendo alusión a su misión divina, a todos los negocios humanos antepone los negocios que miran a Dios, y a la persona humana de San José, su padre virginal, antepone la Persona de Dios su Padre a quien El llama *suyo* propio.

«*María conservaba estas palabras, dándole mucho que pensar...*». Jesús les habla por primera vez de su Padre celestial, que está sobre ellos y sobre todos los hombres, y en sus cosas debía ocuparse, porque su misión era cumplir la voluntad de Dios.

Después bajó con José y María, sus padres, a Nazaret y le estuvo sujeto, y «*crecía en edad, sabiduría y gracia delante de Dios y de los hombre*».

En estas últimas palabras viene a resumirnos el evangelista la vida oculta de Jesús, y después de este episodio de Jesús hallado en el templo y de saber que

regresaron a Nazaret, no se nos dice ya nada de San José.

¿Cuándo murió San José? Sin duda murió poco antes de comenzar Jesús su vida pública, pues no vemos que aparezca vg. en las bodas de Caná, que parecía cosa lógica su asistencia, ni en tantas otras narraciones de milagros y hechos de Jesús, y sobre todo cuando El muere en la cruz. El hecho de encomendar el cuidado de su Madre a San Juan, es porque ya no existía San José, sino lo propio hubiera sido encomendársela a él.

No hay duda que Jesús y María lo asistirían en el momento de su muerte y que ésta fue la de un hombre verdaderamente justo y santo. Moriría cuando contaba con unos 50 ó 55 años de edad y aceptaría su enfermedad como enviada por Dios en el momento más preciso que vio que ya había cumplido en la tierra la misión que se le encomendó.

Jesús le animaría a esperar la felicidad eterna, prometida a los que le aman y le sirven en esta vida, y que sería muy corta la separación y que pronto se volverían a ver. Su muerte fue muy apacible y tranquila como la de los hombres justos.

Dice la tradición que el cuerpo de San José no sufrió la corrupción y resucitó el mismo día de la Resurrección de Jesús, como dicen varios teólogos como Gerson. Suárez y otros, quienes lo incluyen precisamente en el número de los resucitados en aquel día (Véase Mt. 27, 53-53). Todos estos honrarían la resurrección del mismo Jesús, y el día de la Ascensión

subirían con El al cielo, y el primero de todos San José por ser el padre virginal de Jesús.

La devoción a San José

De esta hermosa devoción se hallan vestigios desde los primeros siglos del cristianismo, empezando por Oriente y extendiéndose después por Occidente. En los siglos IV, V y siguientes encontramos panegíricos del Santo predicados por Doctores y Santos Padres de la Iglesia, como son, entre otros: San Agustín, San Jerónimo, San Juan Crisóstomo, y les siguen San Epifanio, San Bernardo, San Bernardino de Sena, el célebre Juan Gersón místico, canciller de la Universidad de París, etc. y en nuestro siglo de Oro hallamos a la gran doctora española Santa Teresa de Jesús, que, movida de su amor al insigne Patriarca, logró adelantar en la Iglesia de Dios esta devoción en su honor.

Esta Santa que puso a varias de sus fundaciones el nombre de San José, y en todas colocó su imagen, dijo: «No me acuerdo hasta ahora haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer. A otros santos parece que le dio el Señor gracia para socorrer en una necesidad; de este glorioso santo tengo experiencia que socorre en todas». (A continuación transcribiré lo que dice en su Vida de San José).

En el siglo XV ya se celebra con solemnidad en muchas diócesis, y desde el siglo XVI aparece en Occidente como fiesta de guardar. Los principales

promotores del culto a San José fueron desde entonces los Carmelitas...

Hemos de reconocer que reinó bastante oscuridad sobre el culto de San José hasta el siglo XV, y, sin duda, en la edad antigua se explica este silencio providencial acerca del santo por el temor de que los gentiles y herejes tomaran pretexto del culto de San José para creerle padre natural de Jesucristo.

Los últimos Papas, especialmente, han contribuido en gran manera al florecimiento del culto a San José. Desde Pío IX que en 1870 proclamó al santo Patriarca «patrono de la Iglesia universal» hasta Juan Pablo II no han cesado de exaltar su noble y gran figura, y si hubiéramos de recoger cuanto han dicho de él tendríamos para hacer un libro mayor que el presente.

Veamos ahora lo que nos dice Santa Teresa en su Vida.

Patrocinio universal de San José

A) «**Tomé por abogado y señor al glorioso San José**». «Pues como me vi tan tullida y en tan poca edad, y cuál me habían parado los médicos de la tierra, determiné acudir a los del cielo para que me sanasen, que todavía deseaba la salud, aunque con mucha alegría lo llevaba; y pensaba algunas veces, que, si estando buena me había de condenar, que mejor estaba así; mas todavía pensaba que serviría mucho más a Dios con la salud. Este es nuestro engaño, no



dejarnos del todo a lo que el Señor hace, que sabe mejor lo que nos conviene.

Comencé a hacer devociones de misas y cosas muy aprobadas de oraciones, que nunca fui amiga de otras devociones que hacen algunas personas, en especial mujeres, con ceremonias que yo no podía sufrir, y a ellas les hacía devoción (después se ha dado a entender no convenían, que eran supersticiosas); y tomé por abogado y señor al glorioso San José, y encomendeme mucho a él. Vi claro que así de esta necesidad, como de otras mayores de honra y pérdida de alma, este padre y señor mío me sacó con más bien que yo le sabía pedir. No me acuerdo, hasta ahora, haberle

suplicado cosa que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado Santo, de los peligros que me ha librado, así de cuerpo como de alma; que a otros santos parece les dio el Señor gracia para socorrer en una necesidad; a este glorioso Santo tengo experiencia que sosorre en todas, y que quiere el Señor darnos a entender que así como le fue sujeto en la tierra, que como tenía nombre de padre siendo ayo, le podía mandar, así en el cielo hace cuanto le pide. Esto han visto otras algunas personas, a quien yo decía se encomendasen a él, también por experiencia, y aun hay muchas que le son devotas de nuevo experimentando esta verdad».

B) Bienes de la devoción a San José. Procuraba yo hacer su fiesta con toda la solemnidad que podía, más llena de vanidad que de espíritu, queriendo se hiciese muy curiosamente y bien, aunque con buen intento. Mas esto tenía malo —si algún bien el Señor me daba gracia que hiciese—, que era lleno de imperfecciones y con muchas faltas. Para el mal y curiosidad y vanidad tenía gran maña y diligencia; el Señor me perdone. Querría yo persuadir a todos fuesen devotos de este glorioso Santo, por la gran experiencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios. No he conocido persona que de veras le sea devota y haga particulares servicios, que no la vea más aprovechada en la virtud; porque aprovecha en gran manera a las almas que a él se encomiendan. Paréceme ha algunos años que cada año en su día le pido una cosa, y siempre la veo

cumplida; si va algo torcida la petición, él la endereza para más bien mío.

Si fuera persona que tuviera autoridad de escribir, de buena gana me alargara en decir muy por menudo las mercedes que ha hecho este glorioso Santo a mí y a otras personas; mas por no hacer más de lo que me mandaron, en muchas cosas seré corta, más de lo que quisiera, en otras más larga que era menester; en fin, como quien en todo lo bueno tiene poca discreción. Sólo pido, por amor de Dios, que lo pruebe quien no me creyere, y verá por experiencia el gran bien que es encomendarse a este glorioso Patriarca y tenerle devoción. En especial personas de oración siempre le habían de ser aficionadas; que no sé cómo se puede pensar en la Reina de los ángeles, en el tiempo que tanto pasó con el Niño Jesús, que no den gracias a San José por lo bien que les ayudó en ellos. Quien no hallare maestro que le enseñe oración, tome este glorioso Santo por maestro, y no errará en el camino. Plegue al Señor no haya yo errado en atreverme a hablar en él; porque, aunque publico serle devota en los servicios y en imitarle siempre he faltado. Pues él hizo, como quien es, en hacer de manera que pudiese levantarme, y andar, y no estar tullida; y yo, como quien soy, en usar mal de esta merced».

Lo que dijeron dos Carmelitas de Santa Teresa

1. **Isabel de la Cruz** en su dicho para la beatificación de la Santa en el Proceso de Salamanca, se expresó

así: «Era particularmente devota de San José y he oído decir se le apareció muchas veces y andaba a su lado».

2. **Ana de Jesús (Lobera)** también en dicho Proceso habla de la aparición de San José cuando iban camino de Beas de Segura para una nueva fundación en aquella villa. Lo cuenta ella, testigo del hecho como una de las ocho religiosas que acompañaban a la Madre en dicha fundación.

En su largo relato describe así, emocionada, lo que se refiere al glorioso San José: «Perdidos en los riscos de Gualdinierno, abocados a unos precipicios horrosos de corte vertical de unos 300 metros de profundidad, la Santa recomienda a las ocho monjas que pidan a Dios y a nuestro Padre San José que nos encaminen, porque íbamos perdidos, y en esto oyen una voz potente que sale desde la abisal hondonada, «una hondura muy honda», que les dice:

«Tenéos, tenéos, que váis perdidos y os despeñaréis si pasáis de ahí». Con las indicaciones del misterioso personaje, surgido de improviso, se encuentran en camino franco; algunos quieren ir a buscar al hombre para agradecerle el haberles salvado la vida.

Mientras ellos buscan al hombre, la Santa dice a sus monjas con mucha devoción y lágrimas: No sé para qué les dejamos ir, que era mi padre San José y no le han de hallar». Realmente San José iba al lado de la Santa para protegerla.

Historia y devoción de los siete domingos y siete dolores y gozos de San José

Un antiguo y venerable autor italiano, Juan de Fanno, citado por el Padre Jerónimo Gracian, autor carmelita de un libro que tituló «Josefina», y otros escritos, nos cuentan el siguiente episodio:

«Fray Juan de Fanno, en su historia de San José, cuenta que navegaban dos Padres de la Orden de San Francisco para Flandes, y anegose la nave en que iban trescientas personas. Los dos se abrazaron a una tabla y anduvieron tres días con sus noches sobre las ondas del mar, encomendándose al glorioso San José, de quien eran muy particularmente devotos. Al tercer día se apareció en medio de ellos, sobre la misma tabla, en figura de un hermosísimo mancebo, saludóles afablemente, confortó sus ánimos desaecidos y alentó las fuerzas de sus cansados miembros, y sanos y salvos salieron a salvamento.

Los buenos frailes, como se vieron en tierra, hincadas sus rodillas, dieron gracias a Dios por tan gran beneficio, y al mancebo que les acompañó le suplicaron encarecidamente les dijese su nombre: declarosle ser San José, y descubrióles los siete grandes dolores y siete gozos que recibió en los siete misterios, de que se tiene tan gran devoción, prometiendo ayudar y favorecer en todas sus necesidades a cualquiera que en memoria de estos siete misterios dijese cada día siete Padrenuestros y siete Avemarías, y esta devoción usan

muchos en Italia, principalmente los Padres Capuchinos».

De aquí nació la piadosa devoción de los Siete Domingos, en que se recuerdan esos siete dolores y gozos de San José.

Los Siete Domingos pueden hacerse en todo tiempo, si bien el más apropiado es el anterior a la fiesta de San José, del 19 de marzo.

Los Siete Domingos consisten principalmente en la meditación de los siete dolores y gozos de San José y el rezo de un Padrenuestro y un Avemaría. Son el rosario de San José. En la historia que hemos narrado antes, sólo se pidió a los dos Padres capuchinos salvados del naufragio que rezasen siete Padrenuestros y siete Avemarías.

Atendiendo ahora a las recomendaciones del Vaticano II, en vez de una simple oración, parece ser lo más propio, tengamos presente el texto del Evangelio correspondiente a cada dolor y gozo, y añadamos a cada uno de ellos un Padrenuestro, tal como los ponemos a continuación (y según se han venido ya rezando). Pueden rezarse de dos formas, o haciendo las siete lecturas tal como las ponemos a continuación, o también la lectura de un solo dolor y gozo cada domingo, un Padrenuestro y después la breve oración.

PRIMER DOLOR Y GOZO:

Lectura del Santo Evangelio según San Mateo (1, 18-21, 24). La concepción de Jesucristo fue así:



estando desposada María, su madre, con José, antes de que conviviesen, se halló haber concebido del Espíritu Santo. José, su esposo, siendo justo, no quiso denunciarla y resolvió repudiarla en secreto. Mientras relfexionaba sobre esto, he aquí que se le apareció en sueños un ángel del Señor y le dijo: «José hijo de David, no temas recibiren tu casa a María, tu esposa,

pues lo concebido en ella es obra del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Al despertar José de su sueño, hizo como el ángel del Señor le había mandado, recibiendo en casa a su esposa. **Palabra de Dios.**

Aquí se hace la petición, se rezan un Padrenuestro, un Avemaría, un Gloria y la oración siguiente: Oh Dios, que con inefable providencia te dignaste escoger al bienaventurado San José como esposo de tu Madre santísima; concédenos que así como le veneramos como protector en la tierra, merezcamos tenerle como intercesor en el cielo. Por Cristo nuestro Señor, Amén. (Esta oración es del breviario.)

SEGUNDO DOLOR Y GOZO:

Lectura del Santo Evangelio según San Lucas (2, 1-7). Aconteció, pues, en los días aquellos que salió un edicto de César Augusto para que se empadronase todo el mundo. Este empadronamiento primero tuvo lugar siendo Cirino gobernador de Siria. E iban todos a empadronarse, cada uno en su ciudad. José subió de Galilea, de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén, por ser él de la casa y familia de David, para empadronarse con María, su esposa, que estaba encinta. Estando allí, se cumplieron los días de su parto, y dio a luz a su hijo primogénito, y le envolvió en pañales y le acostó en un pesebre, por no haber sitio para ellos en el mesón. **Palabra de Dios.** (Luego, como en el anterior).

TERCER DOLOR Y GOZO:

Lectura del Santo Evangelio según Lucas (2, 21) y Mateo (1, 25). Cuando se hubieron cumplido los ocho días, para circuncidar al Niño, le dieron el nombre de Jesús, impuesto por el ángel antes de ser concebido en el seno. Y (José) le puso por nombre Jesús. **Palabra de Dios.**

CUARTO DOLOR Y GOZO:

Lectura del Santo Evangelio según San Lucas (2, 22-35). Así que se cumplieron los días de la purificación conforme a la Ley de Moisés, le llevaron a Jerusalén para presentarle al Señor, según está escrito en la Ley del Señor, que todo varón primogénito sea consagrado al Señor, y para ofrecer en sacrificio, según lo prescrito en la Ley del Señor, un par de tórtolas o dos pichones. Había en Jerusalén un hombre llamado Simeón, justo y piadoso, que esperaba la consolación de Israel, y el Espíritu Santo estaba con él. Le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte antes de ver al Cristo del Señor. Movidado del Espíritu Santo, vino al templo y, al entrar los padres con el niño Jesús para cumplir lo que escribe la Ley sobre El, Simeón le tomó en sus brazos y, bendiciendo a Dios dijo: Ahora, Señor, puedes dejar ya tu siervo en paz, según tu palabra, porque han visto mis ojos tu salud. Su padre y su madre estaban maravillados de las cosas que se decían de El. Simeón los bendijo y

dijo a María, su madre: Una espada atravesará tu alma para que se descubran los pensamientos de muchos corazones. **Palabra de Dios.** (Petición, etcétera).

QUINTO DOLOR Y GOZO:

Lectura del Santo Evangelio según San Mateo (2, 12-16). Advertidos (Los magos) en sueños de no volver a Herodes, se tornaron a su tierra por otro camino. Partido que hubieron, el ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto, y estate allí hasta que yo te avise, porque Herodes va a buscar al niño para matarle. Levantándose de noche, tomó al niño y a la madre y se retiró hacia Egipto, permanciendo allí hasta la muerte de Herodes. Entonces Herodes, viéndose burlado por los magos, se irritó sobremanera y mandó matar a todos los niños que había en Belén y sus términos de dos años para abajo, según el tiempo que con diligencia había inquirido de los magos. **Palabra de Dios.** (Petición, etc.).

SEXTO DOLOR Y GOZO:

Lectura del Santo Evangelio según San Mateo (2, 19-23). Muerto ya Herodes, el ángel del Señor se apareció en sueños a José en Egipto y le dijo: levántate, toma al niño y a su madre y vuelve a la tierra de Israel, porque son muertos los que atentaban contra la vida del niño. Levantándose, tomó al niño y a la madre y

partió para la tierra de Israel. Mas habiendo oído que en Judea reinaba Arquelao en lugar de su padre Herodes, temió ir allá y, advertido en sueños, se retiró a la región de Galilea, yendo a habitar en una ciudad llamada Nazaret. **Palabra de Dios** (Petición, etc.).

SEPTIMO DOLOR Y GOZO:

Lectura del Santo Evangelio según San Lucas (2,40-51),
El niño crecía y se fortalecía lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba con El. Sus padres iban cada año a Jerusalén en la fiesta de Pascua. Cuando era ya de doce años, al subir sus padres, según el rito festivo, y volverse ellos, acabados los días, el niño Jesús se quedó en Jerusalén sin que sus padres lo echasen de ver. Pensando que estaba en la caravana, anduvieron camino de un día. Buscáronle entre parientes y conocidos y, al no hallarle, se volvieron a Jerusalén en busca suya. Al cabo de tres días le hallaron en el templo, sentado en medio de los doctores, oyéndolos y preguntándoles. Cuantos le oían quedaban estupefactos de su inteligencia y de sus respuestas. Cuando sus padres le vieron, quedaron sorprendidos, y le dijo su madre: Hijo, ¿por qué has obrado así con nosotros? Mira que tu padre y yo, apenados, andábamos buscándote. Y El les dijo: ¿Por qué me buscabáis? ¿No sabíais que es preciso que me ocupe en las cosas de mi padre? Ellos no le entendieron lo que les decía. Bajó con ellos y vino a Nazaret y les estaba sujeto. **Palabra de Dios.** (Petición, etc.)